

EL OJO DE LAS TRES Y LOS DOS DE CERVANTES

Dedico estas páginas a los maestros mexicanos,
universitarios, normalistas, preparatorianos.

Carmen Boullosa

Perseo va al encuentro de las Greas, las Tristes Señoras que comparten un ojo para las tres. Cuando Perseo llega a ellas, están peleando la posesión del ojo único que las salva de la ceguera. El ojo está en la palma de la mano de una de las Tristes Señoras, ninguna de las tres Greas ve, y la riña por el turno de acceso a la visión prolonga el tiempo de su ceguera. Perseo debe actuar con celeridad, porque cuando vea la Grea a quien le toque usar el ojo, lo hará con precisión extrema, alumbrada por la luminosidad acuciosa del ojo único. Su vista es anormalmente precisa, lastimosamente sagaz; su único ojo está dotado de una visión superior a la que tendrían juntos los seis que debieran tener las tres Greas. Aunque, en honor a la verdad, hay que decir que no son seis las cuencas que pelean al ojo luminoso, porque en la cara de cualquiera de las Tres Tristes Señoras no hay hueco para dos ojos, una órbita sola — vacía, si no es su turno, excesivamente brillante si tiene suerte — brilla o espera oscura en sus respectivas frentes. Ciegas o poseedoras de una vista anormal, las Tres Tristes Señoras viven cautivas en un paraje desolado y detestable, columpiándose entre su vista excesiva y su total ceguera, lerdas, eternamente viejas y horrendas.

Parece absurdo recordarlas aquí hoy. En este salón, la apariencia es la luz de las cosas. Somos como nos vemos, nuestra imagen no nos desdice. Si acaso, además de mostrar nuestra apariencia, delata rastros de intimidades que no deseáramos mostrar, enseña hábitos, confiesa orígenes. El apetito deformado de nuestra vista no enseña aquí su perverso hábito: no hay nada que ver aquí que no seamos nosotros mismos. Cada uno de nosotros tenemos nuestros ojos en la cara, y vemos a la medida de nuestro cuerpo, pues estamos aquí para escuchar e invocar a Cervantes.

Porque el apetito del ojo se ha entrenado al exceso de la gula. Por la televisión, el ojo se ha acostumbrado a ver de un acontecimiento lo que él puede ver cerca y en el siguiente instante el panorama total que vería de estar lejos, de modo que la proporción de lo que el ojo abarca con el movimiento, ha desaparecido. No es necesario caminar diez pasos, treinta metros, un kilómetro, volar y sumergirse: desde el asiento fijo vemos todas las vistas. Las más de las veces a ritmo vertiginoso, vacío de palabras: no cabe narración alguna en ese estallar continuo de imágenes. No dicen nada pero lo enseñan todo. El ojo, ante el espectáculo natural, el que está fuera de la pantalla, se siente insatisfecho, “casi” no ve, está condenado a la esclavitud de su propia, limitada vista. Se sabe como la Grea en el momento de la ceguera, tiene urgencia porque le acerquen el ojo, porque sea su turno para colocarlo en la órbita.

Esta opulencia regalada al ojo lo ha vuelto insensible, a pesar de hacerlo ávido, insaciable. Quiere verlo todo, pero la mayoría de lo que ve (en la televisión, que es el ojo prestado más cercano, clavado en el centro de las vidas cotidianas) son imágenes inconexas y sin sentido. Imágenes sin narración, insostenibles desde el mundo de la palabra, porque aunque la palabra pueda, y deba, ser juego, si quiere sostener una narración, no puede dejar el sentido. El ojo pervertido quiere que todo entre en él, pagando el exceso con el costo de volver ciego al cuerpo que lo contiene.

Formamos la figura de las Tres Grises Señoras, las Greas, tres hermanas — una de Medusa, la Gorgona, y Perseo nos ha robado el único ojo para que lo guemos a las armas que vencerán a nuestra propia hermana. La ceguera que corresponde a nuestra vista excesiva nos vuelve traidores de nosotros mismos.

Cuando nos lo devuelve, compartimos un ojo para los tres cuerpos, nos lo turnamos, no nos quejamos porque ve más que si fueran seis, número que debiera corresponder a nuestras seis piernas. A pesar de los poderes de que nos provee nuestra vista magnífica, nuestros cuerpos están cada día más indefensos, el ojo y nosotros hacemos dos entidades separadas. Y, lo más temible: el ojo único y sagaz nos ha ido dejando mudos. Las palabras parecen caer inertes, los seis oídos de los ojos de un ojo, en lugar de entrenarse para los instantes de ceguera, lerdos han caído en el desorden de la incontinencia: escuchan como ven, lo que está lejos se les aparece cerca, lo cercano se escucha lejos, enloquecidos oyen que el zumbido distante de un vehículo veloz es el hacha que podría rozarles las cabezas, y si pasa el hacha dan por cierto que es el lejano avión que cruza por el cielo. Escuchan como ven, sus palabras han dejado de tener sentido, su único ojo las ha pervertido en esencia.

Para las tres Greas la distancia es la proximidad. El sexo está en el teléfono, en la televisión, en la distancia, en la perversión de los afectos. No es excepción ya. Greas hay muchísimas.

Para las tres Greas, el síntoma es la única verdad del cuerpo, lo que sienten sin que intervenga otra persona y sin que sea verdad lo que ocurre en el cuerpo, lo que le pasa a su propio cuerpo. A fuerza de ver en demasía y de estar ciegas a largos intervalos, las tres Greas no sólo no escuchan, sino que tampoco sienten. Creen que los síntomas son la verdad de lo que ocurre. La gripa es su enfermedad predilecta: síntoma puro, enfermedad real ninguna: no pasa nada cuando se tiene, sólo se “siente” uno muy mal. La gripa, que no es nada, pasará tal vez por la enfermedad del Siglo. Es lo que padece todo mundo, a cualquiera le da, es justiciera porque no perdona a nadie y no hay qué la cure. Aunque no sea nada, aunque sea puro síntoma y no corresponda a ella ninguna verdad corporal, ninguna enfermedad, porque es síntoma puro.

Las tres Greas son la entidad anticervantina por excelencia. Son sordas al poder de las palabras. Su único ojo las ha arrancado del mundo. Sin palabras ni mundo se han quedado sin el poder de la imaginación.

Cervantes es el poder de las palabras y éstas lo colocan en el centro del mundo, en diálogo con el mundo. No es monólogo El Quijote: el Mundo habla continuamente con él, este diálogo lo ha hecho sobrevivir los siglos.

Las tres Greas tienen premura por ocultar a Cervantes y a su Grey, por hacer valer la verdad mentirosa de su único ojo. La vista anormal, la sordera por ley, los cuerpos lerdos, fatigados, sin medirse con el mundo, ejercitándose en un gimnasio a puertas cerradas, anormalizando, también, en una juventud ficticia, los músculos.

Pero Cervantes no se ha quedado solo. Y a pesar del poder oscuro de las Greas, que operan contagiando su propia esencia, hay jóvenes que siguen fieles a la Grey de Cervantes. En México, pienso en los ojos ceñidos al cuerpo de Pedro Angel Palou (nacido en Puebla, en 1963) en su novela *En la alcoba de un mundo* y en los de Jorge Volpi (D.F., 1967). Los pienso juntos aunque sus novelas sean muy distintas, porque ambos han emprendido novelas-pensamiento, no a la manera de Carlos Fuentes en sus novelas-ensayo, sino de subjetividad intimista, inscrita en el habla de poetas imprescindibles en México. Reviven a dos de nuestros grandes poetas en su libros: Jorge Cuesta y Xavier Villaurrutia, y consiguen hacer verdades cervantinas de sus libros.

Pienso también en Daniel Sada (Mexicali, 1953), recuperando una provincia no-provinciana, una provincia que dialoga con el mundo, y en el *Modelo Antiguo* de Jorge Eduardo Reyes (Guadalajara, 1958), donde la mirada quijotesca de su mujer-protagonista encuentra en la Ciudad de México una ciudad ya destruida: ella misma en los años cincuentas (recuperada también, y de manera ejemplar, en los últimos años, por la *Silenciosa sirena* de Jorge López Páez, que si no es joven sí es injustamente valorado, n. en Huatusco, 1922). Fabio Morábito (Alejandría, 1954) ejerce una narrativa conventual y mundana al mismo tiempo, rigurosa y desenfadada. Ejemplar. Su mejor libro: *La lenta furia*.

Las Tres Tristes Señoras retratan un ambiente que no ha podido apoderarse de todo. Los fieles al espíritu cervantino tal vez no sean legión, pero existen. No necesitan ser más. Basta con que sean. Ya que las Tres Tristes son tres pero son una, las cuentas de los cuerpos frente al caso de las Greas, no nos iluminan.

Tanto Perseo como el Quijote se dejan guiar por la voz de ojos ciegos. Nadie dirá que los ojos del Quijote ven lo que existe. El ojo de las Greas que tiene en la mano Perseo tampoco ve. El Quijote hace con sus ojos lo que Perseo con el de las Greas: arrebató la confesión de dónde queda lo que no puede ser que exista, averigua dónde está lo imposible. Perseo obtiene de las Greas la información para llegar a las ninfas que tienen las sandalias voladoras, el morral mágico y el yelmo invisible que necesita para vencer a Medusa. El Quijote descubre gigantes en molinos, raptos en suplicantes, castillos en ventas, el Yelmo de Mambrino en la bacía sobre la cabeza del barbero, un encantamiento en el cabestro del asno de Sancho amarrado en las patas de Rocinante.

Si las Greas, con su ojo fuera de las órbitas, desengarzan la imaginación de su persona y de su cuerpo, el Quijote, en cambio, con los dos ojos enjaretados en ambas órbitas, regala a su cuerpo la sabiduría de la imaginación y de ella la coherencia para hacerse a sí mismo el Quijote, el personaje de el Quijote. Es cierto que él no ve lo que los otros ven, que su vista es, por decirlo de algún modo, imprecisa, pero el velo de su mirar imaginario, tiene alas, sabiduría y la riqueza inexpresable intrínseca a la imaginación.

Las Greas son incapaces de imaginar, su ojo portentoso las ata a las cosas de una manera atroz. Son esclavas de ellas, considerando de la fealdad del paraje al que están confinadas, su vida no tiene sentido.

La imaginación es la única luz sobre el mundo. Cervantes lo sabe, y cree en ella tanto como en el poder vital de la risa, en el diálogo, en la totalidad de la novela. Apostar a él, a sus dos ojos en contra del único bestial de las Greas, me parece no sólo una apuesta literaria sabia sino la apuesta buena para vivir, apuesta que conlleva una opción política, democrática y peligrosa por ser incontrolable. Gobiernos ilegítimos o corrompidos por el servicio a los poderosos y la aniquilación de los débiles, son gobiernos que piden Greas por siervos y no lectores o fieles a la literatura por ciudadanos. En México, el partido único en el poder lo sabe de calle: hace cuanto está a su alcance para que sus ciudadanos no se acerquen al poder de Cervantes y, en cambio, fieles siervos, se entreguen al ojo único de las Greas mayores del televisor. El último régimen, el régimen actual, lo ha creído fervientemente. Como muestra un botón: ha enriquecido a manos llenas a quienes controlan con sólo una mano la televisión y en cambio, como si su

mensaje no fuera suficientemente claro, ha empobrecido con salarios de hambre a los maestros. Porque los maestros son quienes pueden enseñar a leer a los discípulos, mientras que Televisa, el consorcio poderoso que controla la Televisión mexicana crea pasivas ciegas, sordas Greas en legión. Tan modernos son en este sexenio (no en balde presumen de modernidad) que han sabido darse cuenta cómo les conviene contar los ojos y en la cara de quién. No son tres quienes tienen el mismo y fabuloso ojo, sino millones. No ciudadanos lectores sino siervos ciegos. No cervantinas imaginaciones echadas al vuelo, sino greáticas masas dormidas, habitando un paraje del que cualquiera puede robar lo que quiera, pues su ojo está ocupado viendo imágenes inconexas.

En la Colonia, los Virreyes podían condenar a los rebeldes, insurrectos o conspirados a la horca. Este derramamiento de sangre no es necesario ya. Con Greas cualquier gobierno no elegido democráticamente puede permanecer en su trono de terciopelo, sin que se queje nadie, es su cómplice la perversión del ruido y del silencio. Cabezas que comparten un solo ojo, no son peligrosas para el poder, cualquiera que sea la estirpe de éste.

Defender los dos ojos de Cervantes en contra del único de las Tres Tristes Señoras es una labor imprescindible. Por fortuna, en México, siguen siendo muchos los escritores que tienen fe en el poder de la literatura, y no en la fama, el dinero, o la cercanía con quienes detentan el poder. Cualquiera que escriba con fe cervantina es un defensor de los bienes de la patria. Lástima que no sea tan organizada su defensa como para obligar a una retribución económica justa del gremio de los profesores, porque en ellos, bien preparados, bien pagados, estaría el poder de enseñar a leer, de iniciar en los secretos de la lectura, de mover el poder cervantino que otorga a la imaginación el peso específico. No hay sistema de gobierno que no la requiera, si desea ser justo, humanitario, democrático, y en este sentido sostenible, a menos que invente una retórica monárquica o dictatorial que como tal lo sustente. Bien lo dice Sergio González Rodríguez, uno de los más luminosos ensayistas mexicanos de mi generación: “Si la fuerza imaginal en lo político es el ingrediente del que depende en buena medida un orden comunitario, podría insistirse en que la decadencia de muchas instituciones, lo mismo gubernamentales que partidarias, obedece a una ineficacia en el conocimiento y manejo de los imaginarios”.

Que sean los dos ojos de Cervantes los que vivan en cada rostro. Que algún poder inefable ciegue el ojo único de las Tres. Que para ello se liberen las damas cautivas y los que van sujetos por el rey en contra de su voluntad rumbo a las galeras. Imaginémoslo, por lo menos, con la esperanza de que esto nos regalará algunos años más de vida comunitaria digna.

Muchas gracias a Brown University por la invitación a leer aquí estas líneas, especialmente a Julio Ortega, y a ustedes por haberme prestado estos minutos su paciencia, sus dos ojos y sus oídos.